



El ajolote y el carácter nacional mexicano.

Luis Eduardo Cortés Riera.

cronistadecarora@gmail.com

Este muy curioso animal, endémico de Nueva España, México, ha sido motivo para crear una mitología en torno a su fantástica vida y su relación con los seres humanos. No es enteramente acuático ni enteramente terrestre: es un anfibio. Lo característico de ellos son sus branquias externas, a menudo de otro color. No son renacuajos ni salamandras. Son otra cosa. Se conservan juveniles en estado adulto, regeneran extremidades y colas perdidas, sistema nervioso, corazón, ojos. Su genoma es 10 veces más grande que el genoma humano, rasgo que ha llamado poderosamente la atención a científicos, antropólogos y literatos.

Se le ha llamado de diversas maneras en la historia: *Girinus mexicano*, *Stegoporus pisciforme*, *Tritón mexicano*, *Sirena pisciforme*, *Siredon hunboldtii*, *Siredon alba*, múltiples denominaciones que nos dan una idea de una inseguridad cognoscitiva frente a este animalejo. Una crisis de conciencia

semejante a la de Europa al descubrirse cisnes negros en la remota Australia en los años 1600.

Los aztecas, que venían del norte, se toparon con ellos en las cercanías de la actual ciudad de México y su enorme sistema de lagunas. En la lengua náhuatl significa monstruo acuático, relacionado con Xólotl, dios azteca del rayo y el fuego, hermano de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada. Xólotl se encuentra asociado a la idea del perpetuo movimiento y de la vida de acuerdo con la leyenda del Quinto Sol, cosmovisión azteca de la creación del mundo, el universo y la humanidad. Una escatología repetitiva de creación y destrucción, donde no existe un tiempo previo humano.

El primer antropólogo de la temprana modernidad, fray Bernardino de Sahagún Ribeira (Sahagún, España 1499 – Tlatelolco, México 1590), recoge el mito de este animal en el siglo XVI. Xólotl se niega a morir y se esconde en las milpas y se transforma en una planta de maíz, luego lo hace en penca de maguey, finalmente se lanza al agua donde se metamorfosea en un anfibio llamado ajolote. Es el dios que se niega a morir y que no pudo evitarlo, se le conoce en la historia por sus poderes de transformación. Sahagún hizo una edición trilingüe del mito: náhuatl, latín, español. Sus obras en 12 volúmenes fueron arrumadas por heréticas por la intransigencia de la Contrarreforma.

El ajolote se ha incrustado firmemente en la literatura, desde Bernardo de Sahagún hasta nuestro contemporáneo Roger Bartra. El libro de Roger Bartra (Ciudad de México, 1942), *La jaula de la melancolía*, contiene magníficas fotografías de ajolotes y de la obra de pintores, músicos y arquitectos que han trabajado este fascinante animal, que aluden a su capacidad metamórfica, como Julio Cortázar, Juan José Arreola, el Nobel Octavio Paz, Aldous Huxley, Gutierre Tibón, José Emilio Pacheco, Verónica Volkov, Giorgio Agamben, el pintor Diego Rivera, Primo Levi y el propio Bartra.

Afirma Julio Glocner que desde la publicación de *El medio es el mensaje*, de Marshall McLuhan, y del libro-caja de Octavio Paz sobre Marcel Duchamp, no había tenido en mis manos un libro visualmente tan atractivo.

En *La jaula de la melancolía* (1987) hizo el mexicano Bartra de esta especie de renacuajo *freak* (bicho raro) en peligro de extinción una metáfora crítica del lugar común del mexicano como ser inmaduro y arrumbado en la nostalgia por el edén prehispánico. México es un país indefinible, un país lleno de contradicciones, de estratos antiguos que coexisten con formas modernas y

hasta posmodernas, un conglomerado de distintas épocas, dice Bartra a Alberto Horacio Rodríguez. No existe el carácter nacional mexicano, una identidad canónica que emana de la Revolución mexicana de principios del siglo XX.

El ajolote es un arquetipo de un ser melancólico, apabullado y en parte agresivo y feroz. El canon que asumió el mexicano es el de un ser melancólico, una identidad que no es solo mexicana, sino que es parte de la identidad de muchas partes del mundo: la Generación del 98 por la pérdida de las últimas colonias españolas, Cuba y Puerto Rico, el *spleen* en Inglaterra, la *sudade* en Portugal. Es la misma sustancia negra o *melacolis*, la nostalgia por un pasado que ya no es. Todos los nacionalismos tienen en común esa tristeza por la pérdida de un pasado original.

La melancolía mexicana deriva de la melancolía española y los mitos europeos, que ha estudiado el suizo Starobinsky en su *La tinta de la melancolía*. En la Edad Media se la asociaba a los judíos sefarditas, pero es en el Siglo de Oro donde hará explosión en las ciencias naturales, en la filosofía, en la literatura de Cervantes. En México la melancolía se expresa en la idea del indio triste.

La jaula de la melancolía, el libro de Bartra es una reflexión crítica de la cultura mexicana, como la que hicieron en su momento Samuel Ramos (*El perfil del hombre y la cultura en México*, 1934) y Octavio Paz (*El laberinto de la soledad*, 1950), donde el ajolote mexicano se convierte en metáfora de la identidad nacional. Como el ajolote, el mexicano no evoluciona, apegado a una resistencia y a una perenne melancolía. El ser mexicano implica complejidad y una constante incertidumbre.

El carácter mexicano, afirma Bartra, es una ficción que han elaborado los pensadores, las clases dominantes y diversos grupos de poder. El mexicano es como el ajolote, ni completamente moderno ni completamente primitivo, tal como es México: uno rural, atrasado, marginal e indígena, y el México urbano industrializado, moderno y mestizo. Es un país que quiere volver a la Conquista y a la Independencia, momentos históricos del cual fue desprendido dolorosamente.

La jaula de la melancolía es una obra mucho menos conocida que *El laberinto de la soledad*, pero actualiza una discusión que dramáticamente se

plantea el mexicano de manera recurrente: ¿Qué y quiénes somos y hacia dónde vamos los mexicanos?

Cuando cursábamos estudios en Historia en la Universidad de Los Andes, década de los 70, Roger Bartra era conocido y discutido en la Escuela de Historia por su obra de juventud *El modo de producción asiático* (1969) donde aplicó a las antiguas sociedades prehispánicas americanas el marxismo ante las sociedades primitivas. En la actualidad y a los 85 años, este antropólogo de origen catalán, se ha internado en territorios que estaban vedados para las ciencias sociales: las neurociencias, y ha creado el asombroso concepto de exocerebro, del cual escribiremos en otra oportunidad.

Carora,
Estado Lara,
República Bolivariana de Venezuela,
domingo 29 de marzo de 2026.